

partículas de perfume adheridas á la piel fina y rosada. Era el único goce que le proporcionaban las flores porque desde hace mucho tiempo no se las prendía en el pecho ni en el pelo; las dejaba en sus tallos hasta que se marchitaban. ¡Ella también iba á marchitarse sin proporcionar placer ninguno!

Después pasaba la vista por los objetos que se destacaban imprecisos en la penumbra del gabinete. Pero no miraba á los retratos, ni á los cuadros, ni al niño Jesús, sonriente bajo el fanal en la consola; su mirada era á otra parte, era al pasado, era á su vida que habrá corrido alegre y ahora discurría triste.

Y de pronto se levantaba, iba al piano, —su amigo y confidente— y deslizaba sus dedos por el teclado tocando su sonata preferida que se esparcía en el silencio de la calleja. Yo oía desde mi casa la melodía. Era una música de tristeza voluptuosa que traía añoranzas, que resucitaba viejos recuerdos, que hacía llorar sin lágrimas. ¡Era la voz del piano traduciendo la melancolía intensa del alma de Clarita!

César GARCIA-VALIENTE

POESÍAS

Partida de ajedrez

Como es un juego noble y señorial,
apropiado á tu ingénita altivez,
jugamos gravemente al ajedrez
en el salón severo y ancestral.

Ordenas como experto general
las figuras chinescas que, tal vez
en marfil comparable al de tu tez,
labró un paciente artífice oriental.

Y si acaso me miras con fijeza
cuando hacen avanzar alguna pieza
tus dedos enojados y sutiles,
ponen, con la rudeza de su ataque,
á un rendido corazón en jaque
tus negros ojos como dos alfiles.

Un fauno viejo

Un fauno viejo cuenta su juventud. La historia de su vida selvática revive en su memoria. Reverdece la seca floresta de sus años:

su gozosa niñez detrás de los rebajos idílicos, en torno de las colmenas llenas de miel que al robo incita; las veladas serenas en que olvidó la miel y los juegos por una dulcedumbre de flautas á la luz de la luna; su juventud fogosa detrás de los tropelos de ninfas blancas, blancas, burlonas y crueles, y la primera vez que un beso le deshizo. Del juego, de la miel, de la flauta el hechizo, poniendo un misterioso sentir, extraño y nuevo, en su incauto y ardiente corazón de mancebo... Su existencia después fué solitaria y grave. De la selva intrincada las maravillas sabe; el hábito constante del silencio, el diario convivir con los árboles del bosque milenario, los celajes que vieron sus pupilas extáticas... dan un vivo y profundo sentimiento á sus pláticas... Cuenta el fauno su vida, y hasta el viento reposa para no dispersar su palabra armoniosa.

Otro fauno más viejo

Otro fauno más viejo no puede con la carga de los años. La vida para él es amarga como el citiso. Sejos de toda compañía, con su decrepitud y su melancolía se va. Para que el cuerpo rendido no se doble, se apoya en una rama vigorosa de roble. Los muchachos, al verle, dejan juegos y riñas, y algunos le persiguen arrojándole piñas. Es muy viejo. La vida le trató duramente. Por las tardes, despacio, se dirige á la fuente que mana de las peñas, á la sombra de un tilo, para llorar allí su dolor, hilo á hilo.

Enrique DIEZ-CANEDO.

LAS HORMIGAS

Siempre he sido uno de los más ardientes apologistas de las hormigas.

Como símbolo del trabajo, del ahorro, del buen orden económico, de la previsión y de la vida doméstica, merecían mis elogios y mi simpatía.

Una temporada en el campo, durante la cual he observado con detenimiento y de una manera directa las costumbres de mis amigas, me ha hecho variar el concepto que de ellas tenía formado.

Hallábame una tarde absorto en la contemplación de la Naturaleza, cuando ví una